

NEMO

Núcleo de Estudios de Medio Oriente



UNIVERSIDAD
AUSTRAL

ESCUELA
DE GOBIERNO

ANUARIO DEL NÚCLEO DE ESTUDIOS DE MEDIO ORIENTE

Número 3 (2023)

**Historia de Medio Oriente: desde la caída
del Imperio Otomano hasta la Guerra del Golfo
(1919-1991)**

Autor: **Said Chaya**

Colaborador: **Santiago Vera García**

PRESENTACIÓN

En 2018, poco después de mi incorporación a la Universidad Austral, la Dra. María Inés Montserrat me invitó a dar algunas clases sobre el conflicto en Medio Oriente en las cátedras de Historia de las carreras de Ciencia Política, Relaciones Internacionales y Comunicación Social. Desde entonces, junto a la profesora y su equipo, notamos la necesidad de contar con un dossier en español que pudiera resumir la historia del siglo XX en la región y fuera accesible para nuestros alumnos. Algunos años más tarde, finalmente pude dar con el tiempo para escribir estas páginas, aprovechando el formato del Anuario del Núcleo de Estudios de Medio Oriente de la Universidad Austral, como su tercer número.

Este trabajo está organizado en varias secciones. La primera aborda la decadencia del Imperio otomano y como la Conferencia de Paz de París fue un catalizador que aceleró su descomposición y posterior repartición entre las potencias. La segunda aborda el declive del colonialismo y la reacción a éste: el nacionalismo. La tercera se ocupa del arabismo como una forma de regionalismo, surgida en Egipto en tiempos del legendario Gamal Abdel Nasser, y los intentos de sus rivales por contener este fenómeno ideológico. La cuarta pone foco en las III y IV guerras árabe-israelíes y los cambios que implicaron para la región. La última, por su parte, aborda la emergencia del llamado “islam político” en reemplazo del nacionalismo arabista.

Quiero agradecer especialmente a Santiago por su trabajo de revisión y de incorporación de mapas, y a María Inés, Verónica y Sofía por haberme alentado a concretarlo.

Buenos Aires, enero de 2024

PRIMERA PARTE:

ENTRE LA DECADENCIA DEL IMPERIO OTOMANO Y EL SISTEMA DE VERSALLES

A lo largo del siglo XIX, la dinastía otomana encontró serias dificultades para mantener la paz y la unidad a lo largo de su imperio. A nivel externo, su debilidad militar, sumado a su importancia estratégica, generó un creciente interés en las potencias de la Pentarquía: Rusia, Prusia, Austria, Reino Unido y Francia. Ello dio origen a la llamada “Cuestión Oriental”. Con este nombre se conocieron las disputas que se generaron en torno a la región de los Balcanes y los estrechos de Bósforo y Dardanelos, que provocaron al menos cinco conflictos armados: las guerras ruso-turcas de 1806-1812, 1828-1829 y 1877-1878, la guerra anglo-turca (1807-1809) y la guerra de Crimea (1853-1856). También se sucedieron otros choques en los márgenes, como la guerra de independencia griega (1821-1829) y las guerras turco-egipcias de 1831-1833 y 1839-1841. Por otra parte, la cooperación ascendente entre las monarquías de Estambul y Berlín generó inquietud en los británicos, que se mostraban proclives a acordar con el gobierno francés una alianza con el objetivo de contener el crecimiento alemán.

A nivel interno, la situación no era mucho mejor. El proceso llamado **Tanzimat** (“Reorganización”) persiguió la modernización del sistema financiero, el equipamiento del Ejército, los medios de transporte, la educación, las comunicaciones y hasta la vestimenta. Implicó, además, un conjunto de concesiones a las minorías étnicas y religiosas con el objetivo de lograr su identificación con el Imperio. Se le permitió a cada grupo conservar sus códigos de justicia particulares, especialmente en el fuero familiar, se declaró la igualdad de todos los súbditos del sultán ante la ley y se autorizó a las minorías a participar en el gobierno de las regiones que habitaban. El resultado fue contrario al esperado: en lugar de generar mayores lazos de solidaridad con la metrópoli, alentó a los movimientos nacionalistas locales a exigir más concesiones a la potencia en declive. Esto proyectó un mayor vínculo entre Rusia y los pueblos ortodoxos de los Balcanes y de Francia con los católicos en el Levante.

Para 1916, la suerte del Imperio otomano en la Primera Guerra Mundial, aliada de las Potencias Centrales, ya estaba echada. Por entonces, los gobiernos de Francia y el Reino Unido suscribieron el Acuerdo Sykes-Picot, llamado de esa forma por los nombres de los funcionarios que lo negociaron, sir Mark Sykes y François Georges-Picot. El pacto contemplaba una eventual repartición entre esas potencias de las provincias otomanas al sur del paralelo 37, dividiéndolas en áreas de control y de influencia.

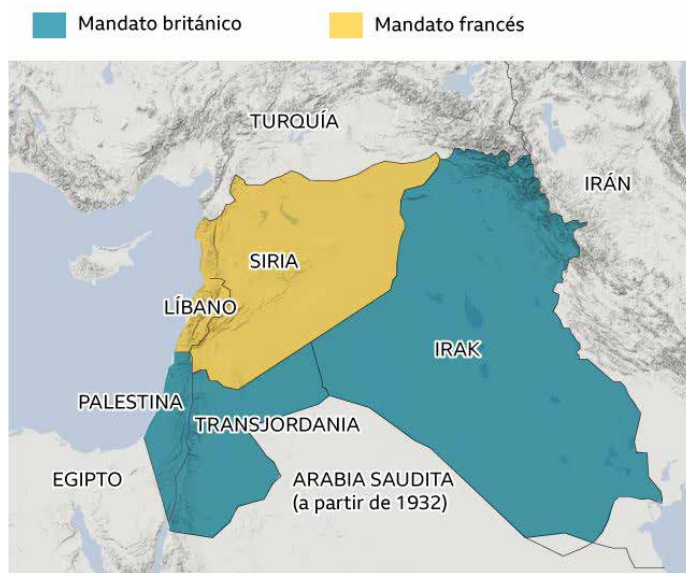
En 1919, en la Conferencia de Paz de París, el Acuerdo Sykes-Picot sirvió de modelo para el Tratado de Sèvres, firmado un año después, donde las potencias trataron de Mientras Siria, Líbano y Palestina adoptaron formas de gobierno republicanas, Transjordania se convirtió en una monarquía. En todos los casos, la potencia a cargo del man-

imponer al Imperio otomano la partición de su territorio. El objetivo se logró parcialmente. La Liga de las Naciones creó la figura jurídica del mandato, que permitía que ciertas potencias ejercieran una suerte de tutela sobre aquellas provincias en proceso de convertirse en Estados independientes. La definición, que figura en el art. 22 del Pacto de la Liga, establecía lo siguiente:

A las colonias y territorios que, como consecuencia de la última guerra, han dejado de estar bajo la soberanía de los Estados que antes los gobernaban, y que están habitados por pueblos que todavía no pueden sostenerse por sí mismos en las duras condiciones del mundo moderno, debe aplicarse el principio de que el bienestar y el desarrollo de tales pueblos constituyen un deber sagrado de la civilización, y que las garantías para el cumplimiento de este deber deben estar consignadas en el presente Pacto. El mejor método para llevar a la práctica este principio consiste en confiar la tutela de dichos pueblos a naciones avanzadas que, en razón de sus recursos, su experiencia, o habilidad, y que estén dispuestas a aceptarla, y que esta tutela sea ejercida por ellas como Mandatarias en nombre de la Liga. El carácter del mandato debe diferir según el grado de desarrollo de los pueblos, la situación geográfica del territorio, sus condiciones económicas y otras circunstancias análogas.

Por un lado, Francia se hizo cargo del Mandato sobre Siria y Líbano. El primero era la materialización de una antigua región histórica comprendida por los distritos diferenciados de Aleppo, Damasco, Jabal Druze y el Estado de los Alawitas. El segundo incluía Monte Líbano, hogar de una numerosa comunidad drusa y maronita, al que se agregaron el valle del Bekaa, el extremo norte de Galilea, el puerto de Trípoli y su hinterland y la zona de Akkar. Por otro lado, Gran Bretaña se abocó a la misma tarea en el Mandato de Palestina. Esta circunscripción incluía la provincia otomana de Palestina, comprendida por Acre, Nablus y Jerusalén, y de Transjordania (actualmente Jordania), más allá del río Jordán, territorio que se proyectaba hacia los bordes del desierto Árabe.

Medio Oriente en 1920

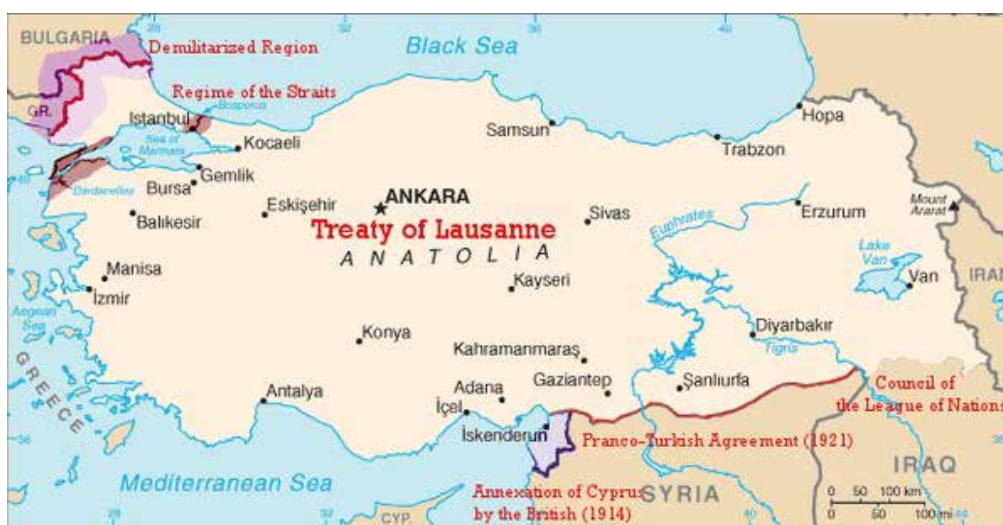


Fuente: Historia de los árabes por Albert Hourani

BBC

Mientras Siria, Líbano y Palestina adoptaron formas de gobierno republicanas, Transjordania se convirtió en una monarquía. En todos los casos, la potencia a cargo del mandato tenía poder de veto sobre todas las decisiones de las instituciones locales de gobierno, a las cuales, llegado el caso, podía destituir. El proyectado Mandato británico sobre Mesopotamia nunca entró en vigor; en cambio, se creó el Reino de Irak bajo la fuerte influencia del gobierno de Londres.

Sin embargo, estos cambios territoriales no fueron reconocidos pacíficamente. A nivel externo, implicó nuevos enfrentamientos entre los otomanos y sus vecinos. Asimismo, en medio de una gran conmoción interna, el sultán Mehmed VI fue removido por la Asamblea Nacional y se proclamó la República de Turquía liderada por el mariscal Mustafa Kemal Atatürk, quien renegoció los términos de la rendición, dando origen al Tratado de Lausana, que se firmó en 1923. Allí, Turquía logró recomponer un territorio similar al que conserva en la actualidad, concentrado fundamentalmente en la meseta de Anatolia. En el acuerdo, recuperó Jonia y Tracia Oriental, que habían sido ocupados por Grecia, así como el control soberano de los estrechos de Bósforo y Dardanelos. También logró echar por tierra la incorporación de las provincias occidentales turcas a Armenia y al proyecto de creación de un Estado nacional kurdo en la región.



Por otra parte, lejos de la costa del mar Mediterráneo, las provincias otomanas de la península Arábiga, con un escaso desarrollo administrativo, tuvieron otra suerte. En la zona central, el emir de Nejd, Abdulaziz Al-Saud, ya había colocado las bases de lo que sería el futuro Estado saudita, alentando la sedentarización de las poblaciones seminómadas que vivían allí. Los Saud habían forjado en 1744 un pacto con Muhammad bin Abdelwahab, un devoto intelectual musulmán, que proponía un retorno a los principios promovidos por el profeta Muhammad y una interpretación más estricta del Corán, alentando una suerte de regeneración moral de los practicantes. Aunque ellos preferían identificarse simplemente como **muwahhidun** (“monoteístas”), en la práctica eran llamados wahabitas, en referencia a su maestro.

El acuerdo entre los Saud y Muhammad bin Abdelwahab dotaba de un carácter confesional la misión del clan, por lo que, como gobernantes de Nejd, estos se convirtieron no solo en emires, sino también en imanes, ejerciendo un liderazgo político-militar y también religioso. Con respecto a Kuwait, Qatar, Bahrein y los Estados de la Tregua (actualmente Emiratos Árabes Unidos), ubicados en la costa del Golfo Pérsico, eran zonas con una economía basada en la pesca y la venta de perlas. Sus aguas y puertos eran celosamente custodiados por el Reino Unido, que los consideraba de importancia estratégica por su proximidad al subcontinente indio. Estos territorios no lograrían la independencia hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

En la ribera oriental del mar Rojo, donde había un importante flujo comercial portuario, se estableció, en 1916, el Reino del Hijaz. Su gobernante, Hussain bin Ali, de la dinastía hachemita, había colaborado en la organización de una gran revuelta, patrocinada por los británicos, que había expulsado a los otomanos de la región. Hussain era, además, custodio de La Meca, ciudad que recibía un gran número de peregrinos cada año. En un primer momento, el monarca se había mostrado exitoso, ya que había logrado instalar a sus hijos Abdullah I y Faisal I en los tronos de Jordania e Irak, respectivamente. Sin embargo, tras la Primera Guerra Mundial, no logró obtener el consenso de las potencias para asegurar su posición. En 1924, el Emirato de Nejd anexó el Hijaz, ante la mirada silenciosa de las potencias. Ambos territorios constituyeron, a partir de 1932, el Reino de Arabia Saudita.



SEGUNDA PARTE:

EL SURGIMIENTO DE LOS ESTADOS NACIONALES

El contexto de la Segunda Guerra Mundial fue propicio para que los países de Medio Oriente bajo los mandatos francés y británico obtuvieran su libertad. El Líbano se independizó en 1943, en el contexto del Pacto Nacional, un acuerdo en el que los cristianos accedieron a compartir el poder con los musulmanes. Los primeros se quedaron con la presidencia, los segundos con la conducción del Consejo de Ministros y la Cámara de Diputados. El gobierno francés se limitó a detener a los líderes del convenio, Bechara Al-Khoury y Riad Al-Solh, aunque, tras varios días de paro y protestas, decidió liberarlos, aceptando, de hecho, la liberación del país. Siria, por su parte, alcanzó la independencia en 1945, al incorporarse a las Naciones Unidas como miembro pleno. Sin embargo, el camino fue más tortuoso: la exigencia francesa de conservar ciertos privilegios comerciales, militares y culturales en Siria fue resistida por los nacionalistas, liderados por referentes de gran envergadura como Jamil Mardam, Hashim Al-Atassi y Shukri Al-Quwatli. Ante la divergencia, el gobierno de París optó por bombardear Damasco y detener a los legisladores. La presión internacional gestionada por los nacionalistas logró el efecto deseado, y las tropas francesas se retiraron algunos meses más tarde. Finalmente, Jordania declaró su independencia en 1946, tras un acuerdo con el Reino Unido.

La situación en Palestina fue diferente. En el siglo XIX, bajo el contexto de la “Cuestión Oriental”, las potencias se aprovecharon de la situación de debilidad que atravesaba el Imperio otomano. Una forma puntual de intervención era la protección que ejercían sobre determinadas minorías bajo el gobierno del sultán. De ese modo, Rusia actuaba como protectora de los ortodoxos, mientras Francia velaba por los intereses de los católicos. Así, operando a través de esas minorías, creaban una situación de inestabilidad que usaban para negociar con las autoridades de Estambul. El Reino Unido no había encontrado, todavía, un grupo para patrocinar, por lo que se encontraba en una posición de desventaja. Aunque había intentado fomentar el traslado de familias protestantes a Medio Oriente, el resultado había sido dispar. Fue entonces cuando comenzó a explorar la posibilidad de alentar la migración de judíos a una región con la que sostenían antiguos lazos históricos: Palestina. Esta estrategia permitiría emparejar su situación con las demás potencias que intentaban obtener ventajas del Imperio otomano.

El sionismo, por su parte, constituía un movimiento político, emergente en el siglo XIX, que promovía la creación de un Estado-nación judío, preferentemente en la región en el territorio del Mandato de Palestina. Según sus creencias religiosas, Dios había legado esa “Tierra Prometida” a los judíos, su “Pueblo Elegido”, con quienes, a través de la historia, habían conservado una fuerte conexión espiritual. Algunos, incluso, hablaban de la “restauración” del Reino de Israel, que aparentemente habría existido en la zona entre los años 1047 y 930 AC. El sionismo se fortaleció en un contexto de creciente

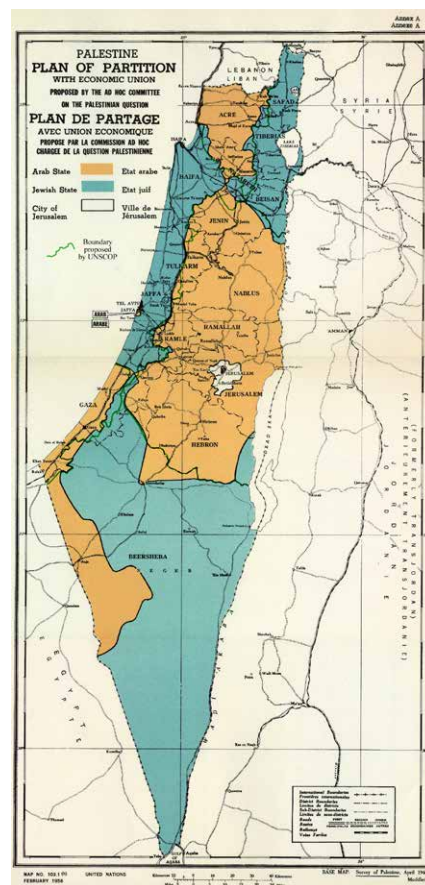
discriminación y persecución de judíos, especialmente en Rusia durante los gobiernos de los zares Nicolás I, Alejandro II y Alejandro III. La cooperación entre el gobierno británico y el movimiento sionista derivó en la Declaración Balfour (1917), un compromiso explícito realizado por lord James Balfour, secretario de Relaciones Exteriores del Reino Unido en nombre del Gobierno de Su Majestad, de crear un “hogar nacional judío” en Palestina. Sin embargo, al concluir el conflicto, el gobierno de Londres optó por imponer la figura del Mandato, otorgado por la Liga de las Naciones, sobre el territorio donde, según su promesa, iba a constituirse el Estado judío.

Más breve y coyuntural había sido la cooperación entre los británicos y los árabes con el objetivo de expulsar a los otomanos de sus provincias. Durante la Primera Guerra Mundial, el Reino Unido se había aliado al jefe de La Meca, Hussain bin Ali, de la tribu de los hachemitas, con el objetivo de formar una división armada compuesta por voluntarios locales que, con la ayuda de los informes de inteligencia y la provisión armamentística de Occidente, le hiciera frente a la Corte de Estambul. Los hijos de Hussain, Faisal y Ali, lideraron la Revuelta Árabe, que, reuniendo más de treinta mil soldados, se extendió entre 1916 y 1918 contra las autoridades otomanas. A cambio, a través de sir Henry MacMahon, alto comisionado británico en Egipto, el gobierno en Londres se había comprometido a la creación de un reino árabe unificado que lo tuviera a Hussain como monarca según las fronteras que él propusiera, exceptuando la costa mediterránea de Siria y el Líbano. La promesa nunca se cumplió. En lugar de ello, en el territorio reclamado por Hussain se establecieron diferentes unidades políticas: el Mandato de Palestina, compuesto por Palestina y el Emirato de Transjordania, fuertemente supervisados por los británicos según los elementos jurídicos establecidos por la Liga de las Naciones, el Reino de Irak, que contaba con el apoyo de las autoridades de Londres, y el Reino del Hijaz, que no había logrado obtener el reconocimiento de las potencias. Siria, que iba a integrar el reino árabe unificado, quedó en manos de los franceses. Los árabes percibieron este cambio de postura por parte de los británicos como una traición.

En Palestina, los árabes que allí vivían y la población judía, que iba en aumento con motivo de la migración, comenzaron a organizar sus demandas a través de instituciones cada vez más sólidas: el Consejo Supremo Islámico, fundado en 1921, y la Agencia Judía, establecida en 1929. Los posicionamientos antagónicos de ambos actores hacían muy compleja la posibilidad de cooperación. Los enfrentamientos entre ambas poblaciones comenzaron en 1921; los árabes, por su parte, se negaron a integrar los organismos de gobierno propuestos por los británicos. Hacia finales de la década del treinta, los enfrentamientos se incrementaron, y ambos sectores comenzaron a protestar ante las autoridades británicas, exigiendo que se cumpla con las promesas realizadas. En 1936, el gobierno de Londres formó la Comisión Real Palestina, a cargo de lord William Peel, que recomendó la división del territorio como solución a las diferencias entre ambas comunidades. En 1939, el gobierno del primer ministro Neville Chamberlain reafirmó la sugerencia de la Comisión Peel y recomendó, en el llamado “Libro Blanco”, transferir paulatinamente las instituciones de gobierno a árabes y judíos, limitar a través de un cupo anual la migración de judíos a Palestina y alentar la venta de terrenos a los

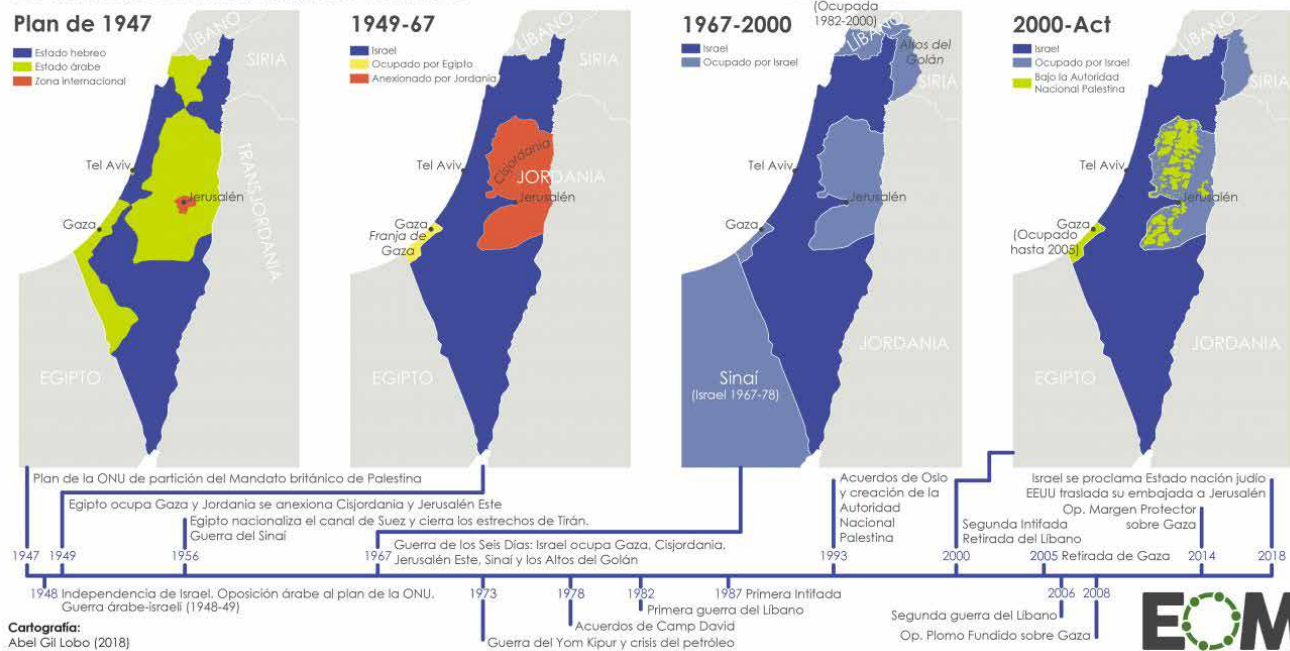
árabes asentados en el lugar y sus descendientes, cuidando una justa repartición de la tierra. Tanto judíos como árabes rechazaron el documento.

Tras la Segunda Guerra Mundial, el Mandato sobre Palestina entró en tiempo de descuento ante la disolución de la Liga de las Naciones. La explosión en el hotel **King David**, realizado por organizaciones paramilitares sionistas, volvió a la cuestión de Palestina muy impopular entre los británicos, que se asociaron rápidamente a los Estados Unidos para intentar resolver la cuestión. Una comisión conjunta sugirió la creación de una confederación laica en 1946, pero la medida fue rechazada por ambas partes. Finalmente, el Reino Unido solicitó la intervención de las Naciones Unidas, que formó el Comité Especial sobre Palestina (UNSCOP). El organismo sugirió la creación de dos Estados, uno árabe y otro judío, unidos por una serie de acuerdos de cooperación económica, con libertad de movimiento de personas y mercancías; mientras tanto, la ciudad de Jerusalén quedaría sujeta a un estatus especial de extraterritorialidad y sería administrada por un consorcio internacional. Excluyendo a la Ciudad Santa, el futuro Estado árabe tendría el 44% del territorio, mientras que el Estado judío sería poseedor del otro 56%.



Israel

La formación del Estado hebreo



La Asamblea General de Naciones Unidas abrazó esas sugerencias en la resolución 181. La Liga Árabe, que había sido fundada un tiempo antes, en 1945, rechazó la decisión, mientras que la Agencia Judía se adhirió a ella. El 14 de mayo de 1948, el Plan de Partición de la ONU entró en vigor. Israel proclamó su independencia y, al otro día, la Liga Árabe le declaró la guerra.



El conflicto finalizó meses más tarde con la victoria israelí, motivada por su superioridad numérica, táctica y armamentística, dando origen a la **Nakba** (“desastre”). Ocuparon la mayor parte del territorio asignado al Estado árabe asignado por el Plan de Partición, sumando un total del 78% de la Palestina del Mandato, excepto la Franja de Gaza, que quedó en manos de Egipto, y Cisjordania, incluyendo la porción oriental de Jerusalén, que fue ocupada por Jordania, y más de 700.000 palestinos fueron desplazados de sus hogares, huyendo a Gaza, Cisjordania y los países vecinos, adquiriendo estos últimos la condición de refugiados. La Asamblea General de Naciones Unidas reclamó, a través de la resolución 194, por el derecho de retorno de los palestinos a sus hogares.

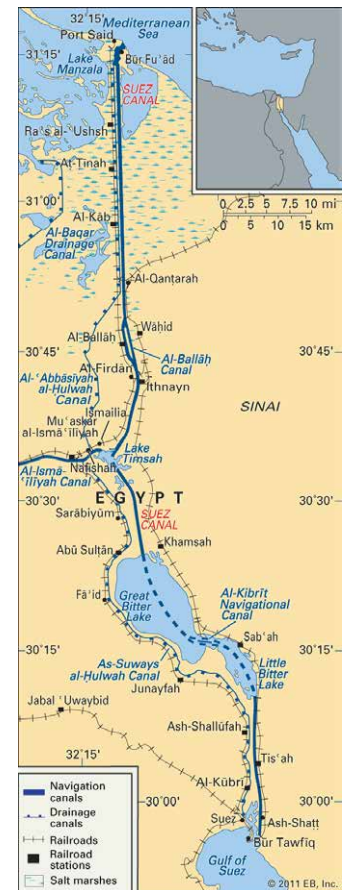


Finalmente, a lo largo de 1949, Israel firmó una serie de armisticios por separado con las naciones vecinas.

TERCERA PARTE: EL ARABISMO EN EXPANSIÓN

En 1867, Egipto se convirtió en un jedivato, es decir, un Estado autónomo vasallo del Imperio otomano. Hasta entonces, había sido una provincia, pero, con el apoyo de las potencias extranjeras, había logrado imponerse a los mandatos de la metrópoli, ya débil, y obtener un amplio margen de autonomía. Entre esas atribuciones, se había instalado allí la dinastía de Muhammad Ali, portadora del nombre de un gobernador que había conducido con éxito los destinos de la provincia entre 1805 y 1848. En 1922, con el reconocimiento de la independencia egipcia por parte de los británicos, que hasta entonces habían sostenido una suerte de protectorado en el país, los jedives de Egipto recibieron el título de reyes.

Sin embargo, el gobierno de Londres seguía conservando una fuerte impronta en el país, y ese aspecto se hizo muy notorio para los egipcios en dos aspectos: la cuestión de Suez y la interferencia en la Segunda Guerra Mundial. Por un lado, el canal de Suez fue inaugurado en 1869 después de diez años de trabajos, este pasaje artificial recorría 193 kilómetros, uniendo el mar Mediterráneo y el mar Rojo, y se había convertido en un eje vital para el comercio marítimo internacional entre Europa y Asia .

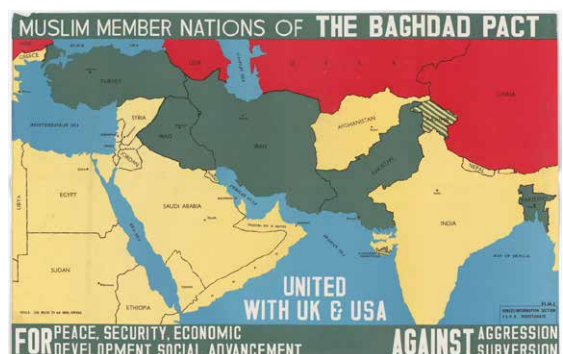


Aunque nominalmente Egipto ejercía su soberanía en el canal, la administración del mismo estaba en manos de un consorcio, mayoritariamente franco-británico, por los próximos 99 años; además, las tropas del Ejército británico poseían la prerrogativa de “proteger” el paso. Incluso después de la independencia de Egipto, se le permitió al gobierno de Londres sostener diez mil soldados y personal administrativo de apoyo en la zona. Por otro lado, el poder del gobierno de Londres se hizo particularmente sensible durante la Segunda Guerra Mundial. Aunque el rey Farouk había declarado la neutralidad, el país se usó como base para combatir al Eje en el norte africano. En 1942, las tropas británicas rodearon el Palacio de Abdeen, sede del gobierno, forzando la renuncia del primer ministro Ismail Sirri Pasha y su reemplazo por Mustafa Al-Nahas, favorable a los Aliados. El rey Farouk quedó expuesto y tanto la población en general como el Ejército comenzó a verlo como una figura carente de poder. La derrota de Egipto en la Primera Guerra Árabe-Israelí también contribuyó a una imagen de decadencia por parte del monarca y su Corte.

En 1952, un colectivo de jóvenes militares nacionalistas, agrupados en el Movimiento de Oficiales Libres, realizó un golpe de Estado contra el rey Farouk, quien abdicó a favor de su hijo infante, Fuad II, de apenas seis meses de edad. Los soldados establecieron un Consejo de Regencia, y enviaron al ex rey y a su familia al exilio. En 1953, se disolvió la monarquía, y Muhammad Naguib, el líder del Movimiento, asumió la presidencia de Egipto. Acusado de complotar junto a la Hermandad Musulmana, un grupo islamista, Gamal Abdel Nasser, otra figura rutilante de la revolución, dio un golpe interno y lo apartó del poder. Nasser, dueño de un carisma arrollador, asumió la presidencia del país para convertirse en una de las figuras más destacadas del mundo árabe en el siglo XX. El nuevo líder egipcio proponía la modernización del país. En lo económico, promovía una tendencia nacionalista y distributiva, de fortalecimiento de la industria local y redistribución del ingreso. En lo político, sostenía una ideología de partido único, de carácter secular, apoyada en las Fuerzas Armadas. A nivel internacional, era anticolonial y proponía una posición alternativa a la de las superpotencias de la Guerra Fría. Asimismo, alentaba al panarabismo como política de Estado, proponiendo la cooperación entre las naciones árabes y la eliminación de fronteras entre ellas. Como ejemplo de ello, Egipto y Siria ensayaron entre ellos un modelo federal que duró de 1958 a 1961, llamado la República Árabe Unida, y otro confederal, conocido como Estados Árabes Unidos, junto al Reino de Yemen del Norte, en el mismo lapso de tiempo. Poco después de su ascenso, promovió la reforma agraria y un ambicioso plan de alfabetización.

En lo ideológico, el nasserismo era una construcción coyuntural, constituida en torno a la figura del líder egipcio. También con un carácter nacionalista, arabista, antiimperialista y secular, había otra corriente, el baazismo, que se había desarrollado a través de intelectuales de la talla de Michel Aflaq y Salaheddine Al-Bitar, y exploraba el retorno del “glorioso pasado” de los árabes en la región. El baazismo se identificaba como socialista, aunque en realidad tomaba ese nombre en el sentido de la justicia social, el carácter revolucionario de su eventual gobierno y la estatización de ciertas áreas estratégicas; es decir, no se consideraba plenamente dependiente del ideario marxista. El Partido Baaz se constituyó en 1947, y adquirió fuerza a la par del nasserismo.

Tras el ascenso de Nasser, el gobierno de Washington presentó ciertas dudas con respecto a su orientación, por lo que decidió apoyar, junto al Reino Unido, la conformación de la Organización del Tratado Central (CENTO), un pacto militar semejante a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), destinado a contener el avance de la Unión Soviética en Medio Oriente. El acuerdo, del que el Reino Unido participaba como miembro pleno y Estados Unidos como socio defensivo, estaba integrado, además, por Turquía, Irán, Irak y Pakistán.



En 1956, en la ciudad de Alejandría, Nasser anunció públicamente la estatización del canal de Suez. Reclamó la salida de las tropas extranjeras e indicó que técnicos egipcios reemplazarían a los expertos de otros países que se empleaban allí. Israel promovió el protocolo de Sevrès, una alianza con los gobiernos de Francia y el Reino Unido destinada a recuperar el canal y debilitar a Egipto, cuyo presidente Nasser sostenía una marcada retórica antisionista, por lo que dieron comienzo a la Segunda Guerra Árabe-Israelí. La situación se convirtió en un problema para las superpotencias. Por un lado, en Washington finalmente creían que el presidente egipcio podría influir entre los países del Tercer Mundo para cosechar simpatías a su causa, por lo que creían que había que apoyarlo con el objetivo de ganarlo definitivamente para el bloque occidental. Por otro lado, en Moscú se mostraron partidarios de cooperar con Egipto interviniendo militarmente en la cuestión de Suez, a la que tildaron de “agresión imperialista”. En otras palabras, las superpotencias se mostraron refractarias a la invasión promovida por el Reino Unido y sus aliados. Como resultado, los rivales de Nasser quedaron aislados diplomáticamente. La agitación popular, mayoritariamente contraria a la agresión a Egipto, se desató en Londres y París. El primer ministro británico Anthony Eden ofreció a Nasser un armisticio sin consultar a sus aliados, y, de este modo, el final de la guerra se precipitó rápidamente. Los israelíes, que habían ocupado la totalidad de la península del Sinaí y la Franja de Gaza, se replegaron hasta las fronteras de 1949. Del lado egipcio, se desplegaron las Fuerzas de Emergencia de Naciones Unidas (UNEF), una iniciativa del canciller canadiense Lester Pearson, destinada a cuidar la separación entre ambos ejércitos. Independientemente de la derrota militar, Nasser había logrado una importante victoria diplomática que lo consagró definitivamente como un referente regional.

En el Líbano, el presidente Camille Chamoun, atento a la cuestión de Suez, se había negado a interrumpir las relaciones con los británicos y se acercaba a los Estados Unidos. Además, manifestaba su voluntad de alcanzar una salida negociada al problema palestino, en un contexto donde sus vecinos, militarmente más poderosos, se habían medido con Israel en el campo de batalla. En 1958, cerca del final de su mandato y próximo a lograr que la Cámara de Diputados del Líbano lo habilite a un nuevo período a través de una enmienda constitucional, los nasseristas, con el respaldo de los socialistas, alentaron un golpe de Estado contra Chamoun, que recurrió a Occidente para sostenerse en el poder. Aplicando la Doctrina Eisenhower, que indicaba que cualquier país de Medio Oriente podía acudir a Washington solicitando ayuda económica o militar en caso de que se sintiera amenazado, Estados Unidos intervino desplegando catorce mil soldados. Finalmente, Chamoun desestimó su candidatura para las elecciones de ese año, el primer ministro Rashid Karami formó un gobierno de unidad nacional y las tropas extranjeras abandonaron el país en octubre, un mes después de la asunción del nuevo presidente, Fouad Chehab.

En Irak, el nacionalismo, ilusionado con la gesta de Suez, también mostraba su descontento frente a la influencia que el Reino Unido ejercía en el país desde la fundación de la monarquía en 1921. La presencia de extranjeros en la administración de la ***Iraq Petroleum Company***, la supervisión británica sobre la provisión armamentística de las Fuerzas

Armadas, el intento de distanciarse de Nasser en la cuestión de Suez y el ingreso de Irak a la CENTO generó enorme malestar en el Ejército, que veía en Egipto y en su líder un modelo a seguir. En 1958, el intento de formar la Federación Árabe junto a Jordania como respuesta a la República Árabe Unida de Nasser, recibió el apoyo de Occidente pero fue percibido como otra sumisión a las potencias extranjeras. En 1958, el Movimiento de Oficiales Libres, alineado con Nasser, dio un golpe de Estado y fusiló brutalmente al rey Faisal II, al primer ministro Nuri Al-Said y a otros miembros y funcionarios de la Casa Real. Se proclamó una república bajo la conducción de Muhammad Al-Rubai. Casi de manera inmediata, se desató la rivalidad entre este Movimiento y el Partido Baaz, que se sostuvo hasta 1963 cuando, a través de un nuevo golpe, los baazistas tomaron el poder.

En Argelia, donde la presencia colonial francesa era sostenida desde el siglo anterior, la crisis de 1956 no pasó desapercibida. En la ciudad de El Cairo, Ahmad bin Bella y otros argelinos exiliados por sus actividades políticas habían fundado en 1954 el Frente de Liberación Nacional (FLN). Los rebeldes compartían con Nasser el carácter anticolonial y nacionalista de su programa y Nasser les dio lugar para el entrenamiento de la guerrilla antifrancesa en el país. La derrota del gobierno de París en Suez dio fuerzas al FLN, y Nasser se involucró respaldando todavía más intensamente a la organización. La salida de los franceses de Argelia y su declaración de independencia en 1962 fue interpretada por Nasser como una victoria propia.



En Yemen del Norte, la guerra civil que se suscitó entre 1962 y 1970 también estuvo influenciada por la expansión del ideal nasserista. Pocos días después de suceder a su padre en el trono del Reino de Yemen, Muhammad Al-Badr fue derrocado por Abdullah Al-Sallal, el jefe de la Guardia Real, que tenía lazos con el gobierno de El Cairo, y proclamó una república.

En la península Arábiga, el gobierno de Londres acordó la independencia de Mascate y Omán (hoy, simplemente, Omán) en 1951, aunque los territorios del Imamato, más allá de los montes de Al-Hajar, no fueron sometidos hasta 1959. En Kuwait, la salida de los británicos también fue negociada y la independencia se declaró en 1961



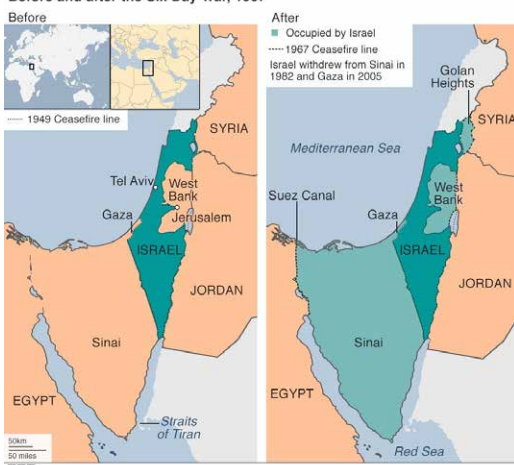
CUARTA PARTE: CAMBIO DE ÉPOCA Y CRISIS DE PARADIGMAS

En 1967, se percibía en la región la posibilidad de un nuevo conflicto armado. Egipto había firmado un acuerdo militar con Siria en 1966, y otro con Jordania pocos meses después. Nasser, por su parte, había pedido a las Naciones Unidas el retiro inmediato de la UNEF y había desplegado a sus soldados en la frontera con Israel, al igual que Siria y Jordania. Además, ordenó el cierre de los estrechos de Tirán a los barcos israelíes, provocando la queja de Estados Unidos. La opinión pública en El Cairo parecía favorable a la guerra. Evaluando la situación, el gobierno israelí estaba convencido de que los árabes estaban próximos a atacar su territorio. El 5 de junio, mientras se retiraban las tropas de la ONU, Israel, apoyado en su superioridad aérea, dio inicio a la Tercera Guerra Árabe-Israelí (o guerra de los Seis Días) a través un ataque a gran escala, forzando rápidamente a los tres aliados árabes a firmar un armisticio para poner fin a los combates.



En el sexto día, Israel había arrebatado a Egipto la península del Sinaí y la Franja de Gaza; a Jordania, la Ribera Occidental o Cisjordania, incluyendo Jerusalén Oriental, y a Siria, los Altos del Golán.

Before and after the Six Day War, 1967



Más de 300.000 palestinos fueron desplazados de sus hogares y las bajas del lado de los árabes fueron muy numerosas. Tras la derrota, Egipto retiró sus fuerzas de Yemen del Norte.

La guerra también tuvo consecuencias en los organismos internacionales. Por una parte, en octubre, la Liga Árabe se reunió en Jartum, la capital sudanesa, y adoptó los llamados “Tres No”, que marcaban el camino para una eventual próxima confrontación: no a la paz con Israel, no a las negociaciones con Israel y no al reconocimiento de Israel. Por otra parte, la resolución 242 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, de noviembre de ese año, exigía la retirada israelí de los territorios ocupados, aunque diferencias en torno a su interpretación volvieron compleja su implementación.

Tras la guerra de los Seis Días cobró particular vigor la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), una entidad-paraguas promovida por la Liga Árabe, fundada en 1964, que agrupó a los partidos políticos palestinos junto a diferentes facciones de guerrilla, hasta entonces clandestinas, con la demanda de creación de un Estado árabe en el territorio de Palestina. Tras la derrota en manos de Israel, la causa palestina sostenida por la OLP ganó popularidad en detrimento del liderazgo de Nasser, que resultó muy golpeado, y se convirtió en el nuevo centro gravitatorio de la región. En 1969 asumió su conducción Yasser Arafat, líder de **Fatah**, uno de los movimientos que integraban la entidad. En 1974, la Asamblea General de Naciones Unidas y la Liga Árabe la reconocieron como única representante de los derechos de los palestinos.

Las reuniones de la OLP se llevaban adelante en El Cairo, hasta que a fines de la década de los sesenta su base se estableció en Amán. Una serie de enfrentamientos entre la OLP y el rey Hussein de Jordania acabaron con la expulsión del grupo en 1970, en un evento conocido como “Septiembre Negro”. La organización había desafiado la autoridad del monarca y había secuestrado un grupo de 310 extranjeros en varios vuelos que habían dirigido intencionalmente a un aeródromo militar. El Ejército jordano, con la ayuda de Siria, logró contenerlos. Luego de ello, la Liga Árabe gestionó el traspaso de la sede a Beirut. En 1982, ante la presencia de tropas israelíes que habían invadido la capital libanesa, la guerrilla palestina trasladó su asiento a Túnez. En 1995 se trasladó a las afueras de Ramallah, donde subsiste hasta la actualidad.

La Cuarta Guerra Árabe-Israelí (1973) fue una consecuencia directa de su antecesora. Tras la sorpresiva muerte de Nasser en 1970, a los 52 años, el nuevo presidente de Egipto, Anwar Al-Sadat, necesitaba ganar popularidad en un contexto económico complejo frente a una sociedad desilusionada, donde la cuestión del Sinaí, todavía ocupado por Israel, era un problema pendiente. Además, la posición de Jartum establecida por la Liga Árabe no dejaba demasiado espacio para el diálogo y la negociación. En octubre, durante la festividad judía del Yom Kippur, los egipcios atacaron el Sinaí y los sirios los Altos del Golán. La guerra se extendió varias semanas. Aunque Israel logró detener el ataque, estaba claro que los países árabes tenían potencia de fuego y no estaban dispuestos a dejar de lado la disputa. A instancias de Estados Unidos y la Unión Soviética el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó un alto al fuego a través de las resoluciones 338 y 339.

Más tarde, Egipto participó junto a Israel de la Conferencia de Ginebra (1973).

En 1975, ambos países suscribieron el Memorandum del Sinaí, acordando trabajar sus diferencias de manera diplomática. En 1978, a través de la mediación del presidente estadounidense Jimmy Carter, Al-Sadat y el primer ministro de Israel, Menachem Begin, firmaron los Acuerdos de Camp David, poniendo fin a tres décadas de enfrentamiento.

Para Israel, significó asegurar su frontera sur y dejar fuera del juego bélico a su principal rival. Egipto, por su parte, recuperó el Sinaí y se acercó a Estados Unidos. Como consecuencia, su posición de referente frente a los países árabes colapsó y fue suspendido de la Liga Árabe hasta 1989. Durante ese período, la sede de la organización se trasladó de El Cairo a Túnez.

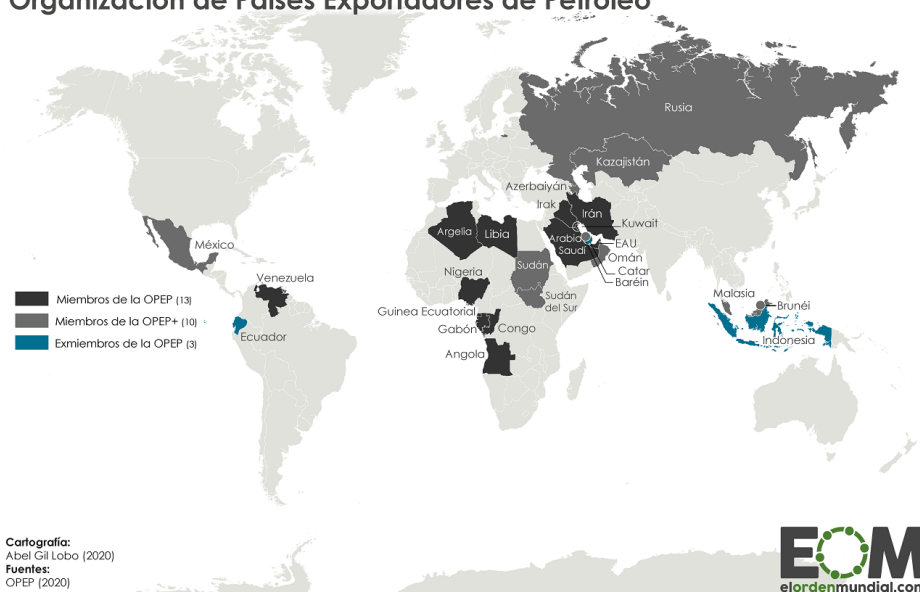
1979-82 Israel-Egypt peace treaty



The Economist

En el contexto de la guerra del Yom Kippur tuvo lugar la primera crisis internacional del petróleo o “shock petrolero”. En solidaridad con Egipto y Siria, Irán y los Estados árabes de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), una entidad fundada en Bagdad en 1960 que agrupa a países productores de crudo, decidieron recortar 5% la producción, elevando de esta forma los precios.

Miembros de la OPEP Organización de Países Exportadores de Petróleo



Además, suspendieron el comercio de petróleo con los aliados de Israel. Amenazaron con incrementar la baja mensualmente si no se abrían las negociaciones para regresar a las fronteras de 1967. Solo Libia e Irak no formaron parte del bloqueo. La crisis duró cinco meses y, aunque luego se restableció el suministro con normalidad, los precios no volvieron a ser los de antes. Aunque entre Egipto y Arabia Saudita había cierta rivalidad por el liderazgo regional, el acuerdo fue posible gracias a la relación de amistad que sostenían Al-Sadat y el rey Faisal.

Entre los beneficiarios de la suba del precio del petróleo se hallaban algunos de los Estados más jóvenes de la región, que habían adquirido su independencia del Reino Unido en 1971. Se trataba de Qatar, Bahrein y los Emiratos Árabes Unidos. Estos países, junto con Arabia Saudita y Kuwait, habían logrado incrementar el ingreso de divisas (“petrodólares”) a través de las regalías que recibían de las compañías petroleras afin-cadas en su territorio. Este dinero fue, en gran parte, invertido en obras públicas, mejo-rando la conectividad, las posibilidades comerciales y las condiciones de vida de sus habitantes, convirtiéndose en importantes polos de atracción de mano de obra regional.

En 1966, el núcleo duro del Partido Baaz, formado por miembros de las Fuerzas Arma-das, había desplazado de la conducción al sector tradicional después de un golpe interno. En 1970, el ministro de Defensa, Hafez Al-Assad, derrocó al presidente y tomó el poder. Adoptó, por entonces, una de denuncia hacia el Estado judío, se alineó con la Unión Soviética y, en el marco doméstico, intervino activamente en la economía, refor-zó el carácter nacionalista y concentró cada vez más poder en su figura. Tras conocer-se la postura de Al-Sadat proclive a la negociación con Israel, Siria se distanció de Egipto y no participó de las conversaciones realizadas en Ginebra a partir de 1973, dejando pendiente la cuestión de los Altos del Golán con su vecino.

QUINTA PARTE: EL ISLAM COMO CATALIZADOR POLÍTICO

Hacia mediados de la década del setenta, la región vivía un momento de abundante migración rural-urbana y explosión demográfica, cuyo flujo el Estado fue incapaz de contener. En ese marco se generaron espacios de solidaridad en torno a mezquitas y asociaciones educativas y caritativas dependientes de ellas. Junto con ello, se facilitó el acceso a escuela y, muy especialmente, a la universidad, que el Estado contempló como una herramienta necesaria para desarrollar a la sociedad y hacer crecer a la economía. Las entidades de beneficencia se articularon con los estudiantes universitarios, y, en un contexto de marcado declive del ideal panarabista, esencialmente laico, una interpretación política del islam comenzó a volverse más popular. Esta visión permitía encarar una crítica al Estado y sus líderes: sus formas arbitrarias de gobernar, la corrupción reinante, el distanciamiento con los valores que había practicado el profeta Muhammad, etc. Al mismo tiempo, el sistema político impedía una correcta canalización de las demandas. Bajo los numerosos regímenes de partido único o las monarquías absolutas que imperaban en la región, los partidos y las movilizaciones estaban prohibidas y los medios de comunicación, intervenidos. En ese contexto, las iniciativas del llamado “islam político”, se volvieron los vehículos contestatarios de una sociedad agobiada.

En Irán, por su parte, emergería una revalorización del factor religioso a través de una revolución que cambiaría el país para siempre. En 1941, tras un golpe de Estado orquestado por las potencias occidentales en el contexto de la Segunda Guerra Mundial con el objetivo de asegurar el territorio iraní para el tránsito de bienes hacia la Unión Soviética, el sha Muhammad Reza reemplazó a su padre en el trono. Con el acuerdo del nuevo monarca, las tropas extranjeras permanecieron en el país hasta 1945. En 1951, designó a Muhammad Mossadegh, líder del Frente Nacional, como primer ministro. Mossadegh, instruido y de gran carisma, contaba con el apoyo de la Asamblea y había logrado conquistar a los sectores medios del país. Sus críticas se dirigían fundamentalmente al sha y a su entorno, que permitían a los extranjeros, especialmente a los británicos, hacer negocios oscuros a costa de los iraníes; también criticaba a los militares, que habían sostenido al padre del sha a través del fraude, mostrándose distante del Ejército. En su agenda figuraba la ampliación del voto y el recorte de gastos al palacio. La izquierda agrupada en **Tudeh** se sumó a las demandas del Frente Nacional especialmente cuando Mossadegh intentó pasar una ley de nacionalización del petróleo y habilitar la discusión sobre la forma de gobierno en el país. En 1953, los militares, con el auxilio del Reino Unido y los Estados Unidos, promovieron un golpe de Estado contra Mossadegh, que fue acusado de traición a la patria y condenado a reclusión domiciliaria perpetua.

Tras el golpe, el sha ordenó la disolución de la Asamblea Nacional, absorbió en su persona las atribuciones del primer ministro, prohibió los partidos políticos y fortaleció a la policía secreta. En paralelo con ello, promovió una oleada modernizadora que extendió la alfabetización, habilitó líneas crediticias para el acceso a la tierra, privatizó las empresas públicas y autorizó el voto femenino. Por entonces, trabajaban en el gobierno más de sesenta mil extranjeros, que gozaban, según el derecho iraní, de un fuero especial, es decir, una cierta humanidad. El crecimiento del gasto público fue beneficiado por la suba de los precios del petróleo tras los sucesos de 1973. Sin embargo, el excéntrico estilo de vida de Muhammad Reza y su familia contrastaba con la falta de un auténtico plan de redistribución de la riqueza. La situación económica apremiaba.

En 1977 comenzaron las protestas contra el gobierno, donde confluyeron dos ideologías. Por un lado, el “chiísmo de acción”, promovido por el sociólogo Ali Shariati, perseguido por el sha y fallecido en el exilio. Esta corriente era nacionalista, denunciaba la intromisión extranjera y poseía una fuerte visión de la justicia social y la revolución contra la opresión, sin llegar a una interpretación marxista. Por otro lado, el “islamismo intransigente”, del ayatolá Ruhollah Khomeini, un líder religioso que vivía fuera del país desde 1964, fundamentalmente por su oposición al régimen. Este pensamiento alentaba la formación de un gobierno clerical, fundado en los valores islámicos, a los que consideraba intrínsecamente unidos al ser iraní. Rechazaba, además, el alineamiento con las superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, a las que acusaba de imperialistas. En 1978, la crisis se agravó. En enero de 1979, el sha y su familia abandonaron el país. Un mes más tarde, Khomeini regresó a Irán y se puso al frente de las protestas; una revolución derrocó al Consejo de Regencia y al gobierno que encabezaba Shapour Bakhtiar. Rápidamente, los rebeldes realizaron un referéndum, se proclamó una república islámica y Khomeini fue designado líder supremo. Esta situación significó el distanciamiento del gobierno de Washington y de Occidente en general y, en la región, el final de la política de coordinación en materia de seguridad que Teherán compartía con Arabia Saudita, junto a una fuerte retórica anti israelí. De hecho, fueron las autoridades en Riad quienes promovieron la creación del Consejo de Cooperación del Golfo en 1981, al que también se sumaron Kuwait, Qatar, Bahrein, Omán y los Emiratos Árabes Unidos



El organismo regional tiene por objetivo coordinar la política económica, política y defensiva de sus miembros, balanceando de este modo a Irán en el contexto regional.

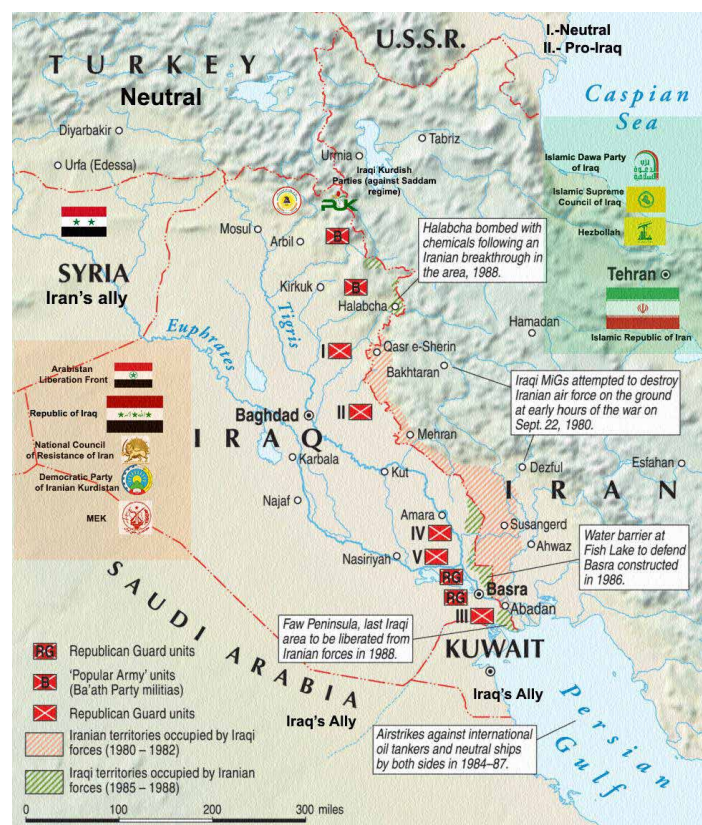
Otro de los efectos de la revolución islámica iraní fue la formación de Hezbolá a comienzos de los ochenta, en el marco de la guerra civil libanesa. Las tensiones en ese pequeño país lindante al mar Mediterráneo habían comenzado a principios de los setenta, cuando la población musulmana, comenzó a exigir una mayor participación en el poder. Hasta entonces, el presidente del Líbano, que debía ser cristiano católico de rito maronita, era una poderosa figura que concentraba muchas atribuciones. Además, una ley le garantizaba a los cristianos mayoría propia en el Poder Legislativo. Los musulmanes sunitas ocupaban la titularidad del Consejo de Ministros y los chiítas la de la Cámara de Diputados. Sin embargo, esto resultaba insuficiente. Además, los partidos políticos de mayoría cristiana se mostraban, en general, reacios a respaldar la causa palestina, temerosos de ser arrastrados a un conflicto regional en el que el Líbano, sin un Ejército consolidado, se vería en enorme desventaja. Los grupos de mayoría musulmana, en cambio, simpatizaban con los palestinos y alentaban a profundizar las relaciones con el bloque regional. El presidente Sleiman Frangieh se mostró incapaz de contener a la guerrilla palestina que atacaba a Israel desde posiciones ubicadas en el sur del país, que albergaba cientos de miles de refugiados en los campamentos administrados por la ONU.

El 13 de abril de 1975, un grupo armado disparó en un barrio cristiano de Beirut contra un grupo de personas que asistía a la inauguración de un templo. Ese mismo día una división ultraderechista disparó e incendió un colectivo que transportaba refugiados palestinos. Las posiciones se radicalizaron, y el país quedó dividido en un conflicto que se mantuvo hasta 1990. En el contexto de la guerra, Siria desplegó sus tropas en el país en 1976, con el objetivo de salvaguardar al gobierno; sin embargo, usó sus posiciones para rivalizar con Israel. El Estado judío había organizado en 1978 y 1982 invasiones a gran escala en el territorio libanés con el objetivo de destruir a la guerrilla palestina, estableciendo, en el segundo caso, una “franja de seguridad”, ocupando la zona fronteriza. La incómoda presencia israelí y el influjo de la revolución islámica iraní promovió a comienzos de los ochenta la creación de Hezbolá, una guerrilla islamista conservadora enfocada en la expulsión de los israelíes del sur libanés, donde se concentraba la mayor parte de la población chiíta. También entre 1982 y 1984 una fuerza multinacional, compuesta por Estados Unidos, Francia, el Reino Unido e Italia intentó pacificar la situación, sin éxito. En 1989, Arabia Saudita convocó a una conferencia de paz en Taif, garantizando a los musulmanes la transición de un gobierno presidencialista a otro parlamentario, y la división igualitaria de las bancas en la Cámara de Diputados. Siria mantuvo su presencia como fuerza disuasoria, interviniendo directamente en los asuntos políticos domésticos libaneses, mientras Israel se afincó en el sur. Bajo los auspicios del gobierno de Damasco, todas las guerrillas fueron desarmadas, excepto Hezbolá.

La convulsionada historia de Afganistán durante la década del setenta también es reflejo de los conflictos propios de la Guerra Fría y el regreso del registro religioso a la política.

En 1973, el general Daoud Khan derrocó a su primo, el rey Muhammad Zahir Shah, y proclamó una república de partido único, con él a la cabeza. En 1978, los comunistas derrocaron a Daoud Khan, estableciendo un gobierno frágil. Un año más tarde, descontento con la situación interna de Afganistán, el líder de la Unión Soviética, Leonid Brezhnev, ordenó la movilización de las Fuerzas Armadas para instalar un nuevo régimen, directamente alineado con Moscú. Con el objetivo de contrarrestar esas fuerzas, el gobierno de Washington alentó, a través de apoyo financiero e información de inteligencia, la organización de una guerrilla islamista destinada a combatir a los comunistas, compuesta por **muyahidines** que se habían rebelado de manera dispersa contra el gobierno instalado en 1978. En el período 1986-1987 el nuevo presidente afgano Muhammad Najibullah comenzó un proceso de reconciliación nacional. Alertado por las enormes pérdidas que sufría en manos de las tropas irregulares, y en el marco de un proceso de distensión con Estados Unidos, el líder soviético Mikhail Gorbachov ordenó el retiro paulatino de sus tropas, que abandonaron definitivamente el país en 1988.

Por otra parte, el gobierno de Irak se mostraba temeroso del “efecto contagio” que podría producir la revolución islámica iraní en ese país, donde la población chiíta era numerosa. El hombre fuerte del régimen era Saddam Hussein, miembro del Partido Baaz, que en 1979 había asumido la presidencia. En apoyo al movimiento secesionista de Juzestán, una provincia iraní de habla árabe y mayoría sunita, Irak le declaró la guerra a su vecino en 1980. Contó, para ello, con el respaldo de los Estados Unidos, en alerta frente a la posibilidad de que otras naciones del Medio Oriente pudieran seguir el ejemplo de Teherán, y también de otros países del Golfo que cooperaron con las autoridades de Bagdad. El conflicto, con cuantiosas pérdidas humanas y materiales, concluyó con un alto al fuego en 1988 gracias a los auspicios de la ONU, que desplegó en la zona al Grupo de Observadores Militares de Naciones Unidas para Irán e Irak (UNIIMOG).



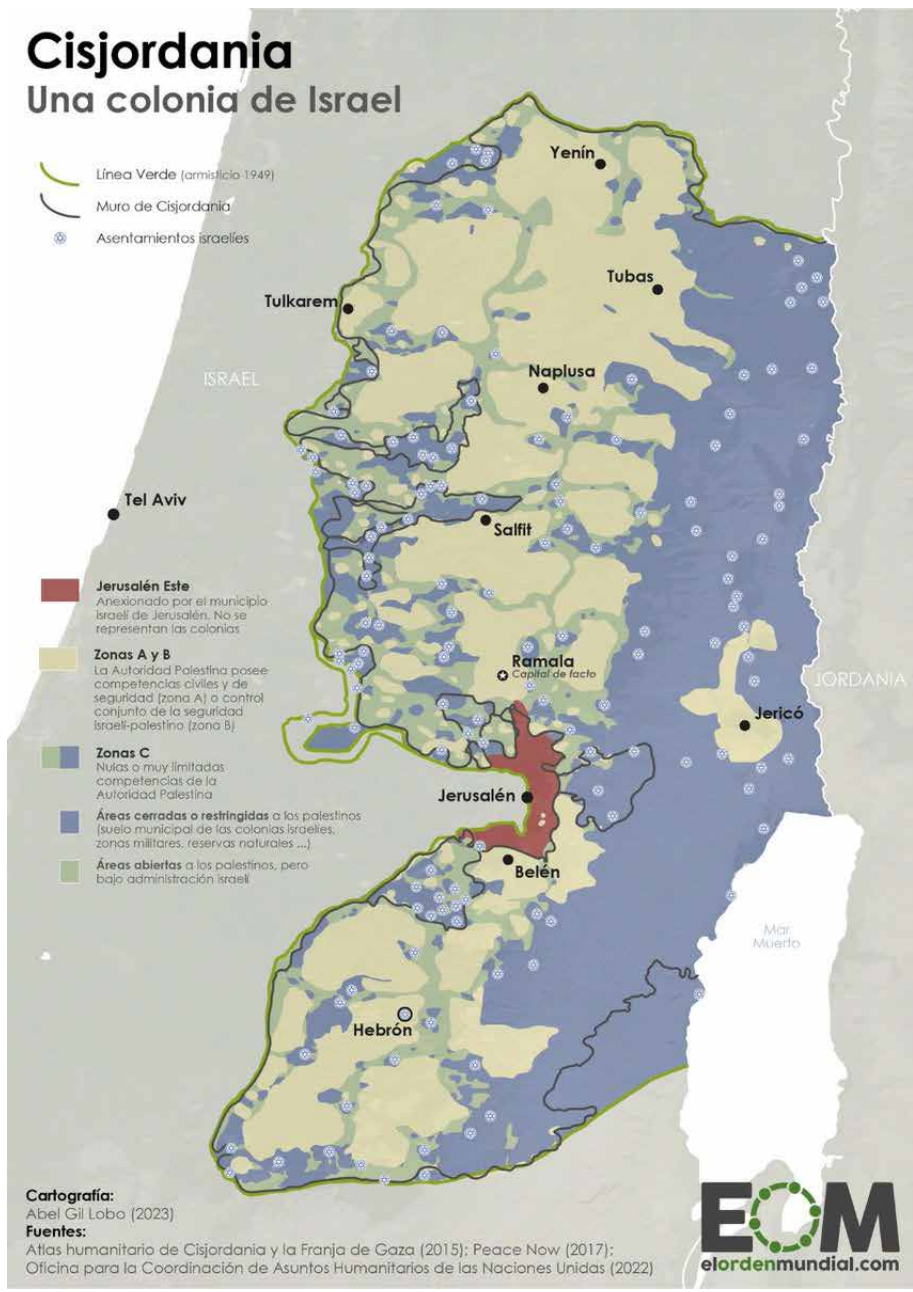
A pesar de las numerosas pérdidas humanas y materiales, tanto Irak como Irán salieron fortalecidos de la contienda; el primero, marcando un cierto liderazgo regional, y el segundo, mostrando una rápida respuesta de sus fuerzas militares.

Hacia 1989, Irak se mostraba incapaz de cumplir las obligaciones financieras que había contraído con Kuwait durante el conflicto armado. A ello se sumaba la presión de Kuwait por bajar el precio del crudo, cuando al gobierno de Bagdad, envuelto en una crisis económica, le resultaba conveniente una tendencia al alza. Finalmente, Saddam Hussein exigió a las autoridades kuwaitíes una compensación económica por practicar perforación direccional en Rumeila, una zona petrolera donde, según la versión iraquí, su vecino usaba barrenado oblicuo para extraer petróleo del otro lado de la frontera. En agosto de 1990, el líder iraquí lanzó una invasión a gran escala, ocupando la totalidad del territorio de Kuwait y forzando la salida del emir. El accionar militar recibió la condena internacional generalizada. El Consejo de Seguridad exigió la retirada de los territorios ocupados a través de la resolución 678. Ante la negativa, Estados Unidos, bajo el amparo de la organización internacional, formó una coalición de 42 países que logró forzar la salida de las tropas iraquíes de Kuwait tras una campaña efectista y de corta duración realizada a comienzos de 1991, constituyéndose en el primer conflicto bélico en ser transmitido en vivo por los medios de comunicación. Saddam Hussein permaneció en su puesto, aunque las sanciones económicas y las restricciones a la venta de petróleo que le fueron aplicadas a Irak generaron un rápido empobrecimiento de la población y restringieron los gastos en defensa.

Uno de los componentes centrales de la alianza estadounidense contra el gobierno de Bagdad había sido Siria, quien, con un gran sentido de la oportunidad y ante el derrumbe de la Unión Soviética, se había mostrado como un buen socio para Washington en la región, aunque conservaba un gran marco de autonomía. Ese mismo año, en un gesto de buena voluntad, una delegación siria participó ese mismo año en la Conferencia de Madrid, donde se produjeron los primeros acercamientos concretos entre israelíes y palestinos desde la década del cuarenta. También participaron de la reunión los gobiernos del Líbano y Jordania; este último alcanzó un acuerdo de paz con Israel en 1994 como fruto de esas negociaciones. En cambio, Siria y el Líbano se retiraron de la mesa en 1992.

El principio de “paz por territorios” utilizado en los Acuerdos de Camp David (1978) fue el punto de apoyo que permitió el avance de las negociaciones entre israelíes y palestinos, especialmente a partir de la Conferencia de Madrid. Por entonces, la OLP se mostró dispuesta a constituir un Estado palestino esencialmente en Gaza y Cisjordania únicamente, abandonando el reclamo por la totalidad del territorio que había sido asignado en el Plan de Partición de la ONU. Israel atravesaba una serie de protestas por la población palestina que vivía en el territorio bajo su jurisdicción al menos desde 1987. La **intifada** (“levantamiento”) incluía bloqueos de rutas, destrucción de mobiliario público y enfrentamientos con la policía y el Ejército israelí. El gobierno creía que, a través del diálogo con los palestinos, sería posible detener la espiral de violencia.

En 1993, el líder palestino Yasser Arafat y el primer ministro israelí Yitzhak Rabin, con los auspicios del presidente estadounidense Bill Clinton, firmaron los Acuerdos de Oslo, garantizando la entrega paulatina de territorios bajo ocupación israelí a la administración palestina por crearse, a cambio del reconocimiento de la OLP de la existencia del Estado judío y de su renuncia al uso de la fuerza. Los acuerdos se ampliaron en 1995, aunque ese mismo año un fanático israelí asesinó a Rabin, lo que implicó un duro golpe para el proceso de paz



BIBLIOGRAFÍA

Algunos libros sugeridos:

Abrahamian, E. (2008). *A History of Modern Iran*. Cambridge University Press.

Commins, D. (2012). *The Gulf States: A Modern History*. IB Tauris.

Fieldhouse, D. (2006). *Western Imperialism in the Middle East, 1914-1958*. Oxford University Press.

Kamrava, M. (2005). *The Modern Middle East: A Political History Since the First World War*. University of California Press.

McMillan, M. (2016). *From the First World War to the Arab Spring: What's Really Going on in the Middle East?* Palgrave Macmillan.

Algunas películas recomendadas:

Argo (Estados Unidos, 2012. Director: Ben Affleck)

Persepolis (Francia, 2007. Directora: Marjane Satrapi)

Theeb (Jordania, 2014. Director: Naji Abu Nowar)

Waltz with Bashir (Israel, 2008. Director: Ari Folman)

West Beirut (Líbano, 1998. Director: Ziad Doueiri)

ANEXO DE MAPAS

- Mapa 1:** Medio Oriente en 1920 (Fuente: BBC)
- Mapa 2:** Las fronteras de Turquía tras el Tratado de Lausana (Fuente: Wikipedia)
- Mapa 3:** El Reino de Arabia Saudita (Fuente: Wikiwand)
- Mapa 4:** Plan de Partición de la ONU (Fuente: ONU)
- Mapa 5:** Plan de Partición de la ONU (Fuente: ONU)
- Mapa 6:** Evolución territorial del Estado de Israel (Fuente: EOM)
- Mapa 7:** Israel antes y después de la I Guerra Árabe-Israelí (Fuente BBC Mundo)
- Mapa 8:** El canal de Suez (Fuente: Enciclopedia Británica)
- Mapa 9:** Países miembro del Pacto de Bagdad (Fuente: CSS Examinations)
- Mapa 10:** La República de Argelia (Fuente: Historia Compartida - Clases 2.0)
- Mapa 11:** La división de Yemen (Fuente: France24)
- Mapa 12:** La descolonización de África (Fuente: EOM)
- Mapa 13:** El Golfo Pérsico (Fuente: 123RF)
- Mapa 14:** Territorio ocupado por Israel en la Tercera Guerra Árabe-Israelí
- Mapa 15:** Israel antes y después de la III Guerra Árabe-Israelí (Fuente: BBC)
- Mapa 16:** Ganancias territoriales de Israel en la Guerra de los Seis Días
- Mapa 17:** Israel tras los Acuerdos de Camp David (Fuente: The Economist)
- Mapa 18:** La Organización de Países Exportadores de Petróleo (Fuente: EOM)
- Mapa 19:** El Consejo de Cooperación del Golfo (Fuente: Proyecto Viajero)
- Mapa 20:** La Guerra del Golfo (Fuente: EOM)